



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora
DE PAPEL

El Porvenir
Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 10 DE MARZO DE 2019

Olga de León / Carlos Alejandro

Palabras aladas

PATA DE CABRA O EL FIN DE UNA ERA
OLGA DE LEÓN

Amo las Letras como amo la palabra y al pensamiento y su lógica...

La vorágine del mundo moderno alcanzó a los pueblos pobres, y uno que quiso ser global, entró al ruedo sin los dólares suficientes para ser respetado entre los salvajes defensores de las políticas capitalistas, así que tuvo que conformarse con ser la cola del ratón gigante que le arrebató cuanto producía, so pretexto de que debía venderse al precio claro que él, el comprador, le imponía; de no hacerlo, se quedaría con todo sin poder consumirlo ni venderse a nadie más.

Así que Agustina, inmersa en esa vorágine, siendo apenas si un grano de arena en el desierto más grande de esa parte del mundo pobre, tuvo que adaptarse o morir. Se dedicó a hacer lo que sabía, con mucho amor y acatando las reglas del patrón: enseñar. Pero no podía engañarse a sí misma, así que se las ingenió para siempre enseñar verdades y no superficialidades. Supo enseñar a leer entre líneas y a leer con sentido crítico, no caprichoso sino sustentado en la ciencia, la lógica del pensamiento y la realidad que se vivía.

Y así, gracias a los genes heredados, logró salirse del libro y el programa, para enriquecer el criterio de sus alumnos. Eso fue lo que la condujo siempre a alguna salida triunfal del hoyo negro en el que tenía que desempeñarse, haciendo lo extraordinario, lo diferente a la pauta que el gran jefe Pata de Cabra les imponía a todos. Les decía por dónde andar, qué decir a sus alumnos; qué comer, qué sí respirar y qué no; qué debían escuchar, desde sermones hasta la música a la que sus oídos debían acostumbrarse: cosa de gremios: perteneces o estás fuera.

Odisea 70 había sido un previsible futuro próximo para su generación, infortunadamente. Y desde su juventud ya la vivían, solo que no era ninguna odisea, sino una pesadilla para los que tenían conciencia de lo que pasaba en el mundo, en su nación, en su ciudad, en el entorno del hombre moderno, no solo en los países menos desarrollados. Si bien, estos eran los más afectados, pues su rezago cultural y educacional les nublaban la vista y creían ver oportunidades, en donde solo existían pedazos de queso en ratoneras, miles de ratoneras, de todos colores y tamaños, las había que atrapaban a familias enteras.

Si acaso corría con suerte alguien de la familia, el más crítico y rebelde, ese no mordía el queso y podía seguir viviendo luchando contra la corriente, no creyendo en todo lo que les daban como doctrina o credo dictados desde el púlpito de la pantalla de monitores y plasmas de las televisiones; y de los peores discursos, por su carga de autoridad, pero al mismo tiempo los más efectivos, los que escuchaban en el aula o leían en los libros asignados por sus maestros, esos a quienes ellos tenían por casi genios

¿Cómo no respetarlos y creer en sus teorías y tesis!, que se aprendían a pie juntillas, y jamás cuestionaban: ¿cómo o por qué hacerlo?, si salían de doctos libros cuyos autores eran líderes del mercado y la ciencia. Sí, pero de un mercado y una ciencia al servicio de los grandes capitales. Y, esto último, aunque lo supieran, los estudiantes no lo entendían del todo, creían en su "verdad", como



que con esas tesis las naciones que fueron a las guerras, salieron avanti. Sí, sobre las espaldas de los derrotados, de los que se volvieron sus esclavos, por años y siglos... hasta la fecha.

Agustina tuvo suerte, supo sortear su destino: se dedicó a enseñar la lengua, a escribir y hablar en público a los jóvenes prospectos de profesionales; dejando de lado sus cátedras sobre lógica y filosofía, pues pronto entendió que los dueños de las instituciones privadas para las que trabajó durante muchos años, estarían vigilándola y se opondrían a sus ideas, a través de sus lacayos, los Pata de Vaca. Y esos no se tientan el corazón, podían acusarla de cualquier cosa, para de una forma muy simple, castigarla: despidiéndola ("por conducta inapropiada"). Y eso, aunque Agustina jamás perteneció a ningún partido ni a una corriente ideológica determinada, solo fue -y seguramente sigue siendo- "un extraño en la mesa": libre pensadora en todo.

Mas, sus principios siempre estuvieron firmemente arraigados, y si compitieran frente a los de cualquier religión, resultarían aún mejores, porque cumplió con ellos por convicción plena de que el mejor camino en la vida, es el camino del bien, no por alcanzar la Gloria ni ganarse el Cielo. Agustina siguió enseñando Filosofía, con su práctica en el aula y su ejemplo, no como una materia o cátedra, pero sí como parte de la ambientación y escenario, ya que no pudo sustraerse jamás a su esencia. De ello, las Pata de Cabra ni cuenta se dieron.

Y aunque sus palabras no tienen alas, toda la vida se desplazaron por encima de las cabezas, por eso cualquiera puede alcanzarlas: solo hace falta saber leer y pensar.

LA CHICA DE LAS PECAS
CARLOS ALEJANDRO

Donde más se le notaban las pecas era en las mejillas. Se sonrojaba cada vez que una nueva mirada aterrizaba con ternura sobre su rostro. Lolita apretaba sus libros de bachillerato contra su pecho y bajaba su vista, continuaba su andar y mecia una sonrisa de lado a lado.

Lolita no tenía novio ni estaba segura de querer uno; aunque le gustaba un chico que formaba parte del equipo de natación de la escuela. A mí me gustaba Lolita, y siempre he creído que ella lo sabía, aunque su cariño hacia mí era por su mejor amiga: Brenda, a quien yo le gustaba.

Un día, Lolita me escribió un poema. Fue la única persona que llegó a dedicarme algo así. Era un poema breve y hablaba sobre las noches de sábado en que pensaba en mí.

En el último año de la preparatoria, Lolita me preguntó si yo querría ir con ella a la fiesta de graduación. Me puse muy nervioso y le tuve que decir que no. No estaba seguro de que yo asistiría a la fiesta. Desconocía si mis padres tendrían dinero para ello. Creo que al final, ni siquiera les mencioné a ellos lo de la graduación, y no fui.

No sé cuál fue el último día en que Lolita y yo nos vimos en preparatoria; no alcanzamos a despedirnos. Pero un día volvimos a reencontrarnos, dos o tres años después, cuando ella estudiaba la carrera de medicina. Me dijo que tenía novio, y yo le dije que estudiaba arquitectura. Fue breve nuestro encuentro, creo que ese día su novio la acompañaba en la mesa, pero nosotros hablamos mientras él se había levantado a otro lado. No lo recuerdo bien. Tampoco fue la última vez que nos encontramos.

Unos quince años después, supe de ella por una amiga en común que resultó que la conocía. Cuando Lolita supo que

mi amiga había estudiado arquitectura, le preguntó si sabía algo de mí. "Claro", y mi amiga me avisó. Coincidió aquello con alguno de mis divorcios. Fui a buscar a Lolita sin que ella me esperara, a su clase de francés, cerca de Chipinque.

Se sorprendió al verme ahí, pero me reconoció junto a la ventana de su salón. Salió y platicamos durante la hora de su clase. "Sé que has tenido varias mujeres", me dijo seriamente, con una pierna cruzada sobre la otra. Tuve que contarle un poco sobre mis matrimonios.

"¿Por qué me has buscado?", me preguntó un tanto molesta. No supe qué decirle. Sus pecas en las mejillas seguían viéndose hermosas, pero ahora eran un poco menos brillantes que en tiempos del bachillerato. Voló cerca de nosotros una paloma, mientras la gente iba y venía a la cafetería donde nos encontrábamos platicando. Algunas risas se escucharon provenientes de una mesa escondida detrás de un muro.

"Cuando me enteré de que venías a clases, quise saber cómo estabas". Y luego de un breve silencio, continuó: "¿Sabes que me gustabas en preparatoria?". "¿Aún te gusto?", me preguntó. "Sigues siendo muy guapa", le respondí. "Pues no vuelvas a buscarme", dijo repentinamente, levantándose de su silla; "si mi marido se entera que has venido, estallaría".

Nunca comprendí su enojo hacia mí. Parecía como si mi ausencia, nuestra separación durante dos décadas, la hubiese lastimado, como si en otra vida hubiésemos podido ser una familia y haber sido felices para siempre. Pero, ¿quién era yo para contradecirla? La vi alejarse en sus zapatillas rosas, en su andar palaciego de un lado a otro, a décadas de distancia de la adolescente tímida que conocí y que un día perdí para siempre, sin saberlo.



Moebius

(Fontenay-sous-Bois, 1938 - París, 2012) Dibujante de cómics francés, conocido con los seudónimos Gir y Moebius. Creador de personajes clásicos del género como el teniente Blueberry e imaginativo renovador de la ciencia-ficción, está considerado uno de los más grandes autores de cómics europeo y uno de los más influyentes del mundo.

Nació en el seno de una familia modesta, Jean Giraud cursó estudios de artes aplicadas en los años cincuenta y pasó largas temporadas en México, donde residía su madre.

De nuevo en Francia, a principios de la década de 1960 se inició como dibujante con "La ruta de Coronado", en la revista Spirou. Colaboró posteriormente con Jijé (Joseph Gillain) en Jerry Spring y con Mezières en La historia de la civilización. En 1963 el guionista Jean-Michel Charlier le propuso incorporarse a la revista semanal Pilote, fundada por René Goscinny cuatro años antes, y crear una tira. Nacieron entonces las aventuras del teniente de caballería Mike Steve Donovan, Blueberry, una historieta ambientada en el lejano Oeste americano que derivaría en la mítica colección de álbumes, considerados clásicos del género.

Las aventuras de Blueberry en formato álbum serían contadas en tres series. La serie original "Blueberry" comprende los títulos realizados por Charlier y Giraud hasta el fallecimiento del primero, en 1989, y los que a posteriori realizaría Giraud como guionista e ilustrador; en total 28 álbumes entre Fort Navajo (1965) y Dust (2005). Una segunda serie, "La juventud de Blueberry", narra las aventuras del joven teniente durante la guerra civil americana. Compuesta por 15 álbumes, los tres primeros fueron realizados para Super Pocket Pilote y firmados por Charlier y Giraud; los siguientes están firmados por otros autores. "Marshall Blueberry" constituye una tercera serie paralela, tres álbumes con guión de Giraud e ilustrados por otros artistas. Las aventuras de Blueberry fueron llevadas al cine en 2004 por Jan Kounen, con escaso éxito.

En 1973 el estilo gráfico de Giraud experimentó una transformación radical con el álbum La desviación, en el que daba rienda suelta a su creatividad y vertía sus experiencias con los alucinógenos. Ese mismo año, en desacuerdo con la línea editorial de Pilote, abandonó la publicación. Cofundó entonces con Jean-Pierre Dionnet, Bernard Farkas y Philippe Druillet (poco después de constituirse como grupo con el nombre colectivo de "Humanoides Asociados") el sello editorial Les Humanoides Associés. Juntos editarían la revista Métal Hurlant (1974-1987), dedicada a la ciencia ficción, en la que Giraud, con el seudónimo Moebius (inspirado en el astrónomo alemán, creador del anillo con forma de infinito) se revelaría como autor completo en renovadoras series de historias de fantasía y ciencia ficción.

En esta evolución fue determinante el encuentro del ilustrador con el escritor y director de cine chileno Alejandro Jodorowsky. Ambos prepararon durante cinco años una adaptación cinematográfica del clásico Dune, de Frank Herbert. El proyecto no llegó a buen puerto, pero sí otras colaboraciones que se han convertido en auténticas obras maestras del género que nos sumergen en universos inexplorados

Joana Bonet

El día violeta

No es por el maquillaje, ni la molestia del rímel que aquilata las pestañas. Tampoco por las medias de 10 deniers que se rompen al estrenarlas; ni por la dependencia del tinte que asusta a las canas. No es por la regla, que acaba gobernando nuestro humor o nuestra frustración, la que esperamos ansiosas en los años en que no debíamos quedarnos embarazadas y odiamos cuando se resiste a retirarse durante nueve meses.

No, en verdad no es por la minifalda, muslos helados, moral caliente; ni por el piropo tontuno ni por la compleja relación con nuestras tetas, que siempre o bien nos sobran o nos faltan y alternan el erotismo con los sacaleches. Tampoco es por hablarle a tu pareja y que no responda, o sólo articule alguna onomatopeya porque ya empieza a ser una costumbre el monólogo femenino. No es por tener en la cabeza los horarios de tus hijas junto a la lista de la compra, las averías de casa y las citas con el oncólogo de tu madre. No es porque el ángel del hogar

persiga al diablo de la autonomía.

No es porque resultes insoportable al tener algún tipo de poder, o que molestes por ser poco o demasiado femenina, por no estar nunca comme il faut.

Pero sí es por perder los apellidos de nuestras madres, que abandonamos con naturalidad siguiendo el orden natural de las cosas. ¿Natural? También es por el poco espacio público que la sociedad patriarcal les cedió a ellas, esclavas, musas, secretarías y psicólogas de sus maridos y hasta de su prole, que hoy se conforman con una pensión limosna. Madres a tiempo completo que nada supieron de horas extras, realización personal o narrativa feminista, cuyo esfuerzo nunca ha sido contabilizado en el PIB (cuando el trabajo no remunerado de las españolas supondría el 41% del mismo). Sí es por las mujeres precarizadas: las paradas, las kellys, las aporadoras de zapatos, las madres solas, las inmigrantes que han tenido que postergar a sus hijos para cuidar de los nuestros. Sí es por las



deprimidas, las que fueron encadenando pérdidas hasta que se apagó su luz interior porque la enfermedad mental también está feminizada, igual que la pobreza.

El 8 de marzo no es cuestión de sexo o género, ni de número o ideología. Es de las mujeres que callan el miedo y quieren tirar la toalla. De las acosadas, perseguidas, violadas y asesinadas. De lassintecho. También de las abuelas que

sostienen el orden, y de las trabajadoras que tendrían que afanarse 52 días más al año para cobrar lo mismo que sus compañeros. Pero, sobre todo, este 8 de marzo será el de nuestras hijas, porque en ellas prende la esperanza de la igualdad real, sin sucedáneos ni engaños ni costillas de Adán. Para que logren vivir la igualdad como un bien cotidiano y no sólo en el día más violeta del año.

ad pedem literae

"El feminismo es una forma de vivir individualmente y de luchar colectivamente."

Simone de Beauvoir

Letras de
buen humor

"¿Qué es un adulto? Un niño inflado por la edad."

Simone de Beauvoir